

Hay por otro lado una circunstancia muy a tener en cuenta y es como el propio Pidal fue politizando el asunto, haciéndolo irreversible, en su afán de conseguir el máximo posible de adhesiones en las altas instancias. De forma cordial, mostrando su agradecimiento, va enumerando los personajes comprometidos en el proyecto: «las amplias y generosas ofertas del Presidente del Consejo de Ministros, D. José Canalejas, cuando reclamé sus oficiales auxilios para ayudarme a conquistar el retrato, [...] los espontáneos y eficaces ofrecimientos del Sr. Gimeno, Ministro de Instrucción Pública, en cuanto le di la noticia del caso, [...] la pronta y decidida cooperación del Ministro de Estado, Sr. García Prieto, a todo deseo de la Academia para demostrar su gratitud al desinteresado donador de la tabla».

No consiguió, sin embargo, don Alejandro la unanimidad deseada. Muy al contrario las críticas y las sospechas redoblaron, ascendiendo en acritud el tono de la polémica. La primera contestación llegaría del lado de Juan Pérez de Guzmán que publicaría en *El Imparcial* del 29 de enero de ese año «El retrato de Cervantes», un documentadísimo artículo sobre la edad de Jáuregui en 1600, con el cual trataba de tirar por tierra la posibilidad de que fuera este pintor el autor del retrato, pues llegaba a la conclusión de que en tal fecha D. Juan de Jáuregui tan sólo contaba trece años de edad. Desgraciadamente todo su argumentario caía por tierra al cometer un tremendo error aritmético que falseaba todas sus deducciones. Curiosamente, sólo Rodríguez Marín, en un artículo publicado al día siguiente, hace referencia a esta espectacular equivocación matemática, y creo que nadie más lo ha señalado después. El trabajo de Pérez Guzmán acababa así de contundentemente: «El retrato de Cervantes regalado a la Real Academia Española es una de tantas vulgares falsificaciones de lo antiguo, en que, desgraciadamente, se emplea hace tiempo en Italia, en Francia, en España la industria ilícita del arte criminal»⁸.

Otro autor que bajó a la arena del debate fue «Andrenio», pseudónimo de Eduardo Gómez de Baquero, que el 31 de enero en *El Mundo Gráfico* exponía su punto de vista sobre «El retrato de Cervantes», acompañado de

⁸ Pérez de Guzmán en este estudio intentaba demostrar la incongruencia de la fecha de la partida de bautismo de Juan de Jáuregui, 24 de noviembre de 1583, facilitada por D. José María Asensio al autor de la Biografía y estudio crítico de Jáuregui, D. José Jordán de Urrés y Azara, que se publicó en 1899, con otros documentos publicados por D. Cristóbal Pastor en 1907 sobre el artista en Bibliografía Madrileña, en los que se recogía que en 1608 el pintor tenía 24 años. Se comprueba fácilmente que este documento confirma que en 1600, Jáuregui tenía entre 16 y 17 años, conforme a la partida de bautismo de José María Asensio. En cambio por no sé que cálculos, Pérez Guzmán llegaba a la peregrina conclusión de que «¡sólo contaba trece años de edad!!!».

Al día siguiente, 30 enero 1912, en *El Imparcial* aparecía el artículo «El retrato de Cervantes» de Francisco Rodríguez Marín, en el que hablaba del «errorcillo aritmético del Sr. Pérez Guzmán» y solicitaba prudencia y que nadie se adelantara a los acontecimientos.

una venerable foto del patriarca Alejandro Pidal. Andrenio alababa la mágica elocuencia del Director de la Real Academia y su poder de convicción, sin. Embargo, lejos del sortilegio oratorio señalaba las no pocas confusiones existentes, como la endeblez del letrado como prueba, el apellido Jáuriguí en lugar de Jáuregui, el don que acompañaba a Cervantes, de forma evidentemente incorrecta en aquella época, para terminar: «No hay que asombrarse de estas dudas. La erudición trabaja entre sombras y entre muertos que no pueden hablar».

La controversia continuaría en los años siguientes, encontrándose entre los impugnadores James Fitzmaurice Kelly, Julio Puyol, Juan Givanel, Bernardo G. de Cándamo, fray Telesforo Belloso, la condesa Pardo Bazán, Miguel de los Santos Oliver, Ángel Salcedo Ruiz y Luis Ricardo Fors, mientras en las filas de los valedores figurarían Jacinto Octavio Picón, Ismael Sánchez Esteban, José Garnelo y Mariano de Cavia.

Azorín se referiría por primera vez a esta cuestión en el número de *ABC* del 21 de septiembre de 1913, con un artículo titulado de nuevo «El retrato de Cervantes». Pero si el título no es nuevo, ni el contenido aporta perspectivas originales, el estilo del escritor, elegante, fluido, comedido, directo, un tanto soñador, evidencia el amor por el personaje y un cierto distanciamiento de las cosas de este mundo, del apasionamiento y de la polémica descalificadora.

Recordará en primer lugar a Juan Pérez de Guzmán, haciendo notar que, tras sus artículos en *La Época*, aún no se había publicado el trabajo que en su día anunciara, y que al no haber dado tampoco a la luz pública los defensores del cuadro sus datos para rebatirle, el discutido retrato se encontraba aún en la Academia Española.

Destaca asimismo la figura del hispanista Foulché-Delbosc cuyo «caudal de erudición española representa una cantidad formidable de perseverancia y trabajo». Es sobre la publicación de este autor en la *Revue Hispanique*, donde se apoya Azorín para desarrollar sus opiniones respecto al retrato de Cervantes, habiendo conseguido dicho estudio gracias a su amistad con el hispanista. Reflexiona sobre el prólogo de Cervantes en las *Novelas Ejemplares*, y llega a la conclusión como Delbosc, como Fitzmaurice, de que es precipitado concluir, por lo que allí se dice, que realmente existiera un retrato de Cervantes pintado por Jáuregui, inclinándose por el contrario a considerar que tal retrato no existe sino que «el pintor, a ser necesario, pudiera pintar un retrato para los fines que se indican». Por otro lado, con su lenguaje pulido, se cuestiona la razón de que Cervantes recuerde en 1611 un retrato que habría sido pintado en 1600, once años más tarde, años de estrecheces y privaciones que habrían envejecido su faz, equivocando al lector con una imagen más joven de la real. «Otro pequeño problema de

psicología es este ¡oh eruditos!: de un lado esta la delicada sinceridad de Cervantes; de otro, un prurito de petulancia y rejuvenecimiento».

No olvida tampoco Azorín, siguiendo a Foulché-Delbosc, la delicada cuestión de los repintes, que parecían tener como objetivo elevar la frente del modelo, tratando de acordar la imagen con la descripción cervantina según la cual el escritor tenía una «frente lisa y desembarazada». Pero incluso el escritor levantino irá más lejos, preguntándose si no habrá también repintes en «esos bigotes del retrato, bigotes recios, gruesos, pero hechos infantilmente, ingenuamente, para acomodarlos a los *bigotes* grandes de que habla el propio Cervantes en el prólogo de las *Novelas*». Entonces, dejándose llevar por su tendencia a imaginar, y convencido de la falsedad del cuadro, propondrá la hipótesis de que se trataría de un retrato más antiguo arreglado y repintado en el siglo XVIII, recordando como cervantista que en aquella época había comenzado el verdadero amor al gran novelista. «Surgió en algún cerebro la idea de *crear* una efigie auténtica del autor del *Quijote*. A mano tenía un retrato *parecido*; era sólo cuestión de desfigurarlo con hábiles retoques...».

Continúa Azorín especulando sobre las equivocaciones en la fecha de nacimiento de Jáuregui, recordando que hasta 1889 se consideraba ser dicha fecha en torno a 1570, lo cual explicaba la razón por la que el supuesto falsificador del siglo XVIII «—o cuando fuere—», puso una fecha que correspondería a la obra de madurez de un artista de treinta años.

Para terminar, el escritor propugna un examen técnico del cuadro y sus rótulos, aunque realizando una pequeña y exacta profecía. «¿Se hará así? Mucho me temo que no. Y, sin embargo, no padecería el prestigio de nadie, ni habría menoscabo de nada, si se demostraba que esta pintura no es auténtica. Los que la han propugnado y defendido, ¿qué cosa más noble, laudable y delicada pueden haber hecho sine desear que, al cabo del tiempo, tras tantas rebuscas e investigaciones, poseamos una imagen auténtica del más grande de nuestros artistas literarios?».

Desgraciadamente, no fueron voces como las de Azorín las que se tuvieron en cuenta. La controversia continuaría, aunque como señala Fitzmaurice-Kelly todos los que trataban de especular sobre el tema si iban en contra aportaban argumentos de peso, pero si estaban a favor no hacían más que buscar justificaciones llevadas por los pelos.

No faltaron consultas a técnicos en pintura y a pintores de prestigio. Entre ellos estarían José Garnelo, Villegas, Gonzalo Bilbao y Menéndez Pidal, que dieron opiniones intrascendentes y poco comprometidas, o Ricardo Baroja que tuvo mucha información sobre el cuadro, y lo consideraba una falsificación, lo que comunicó al parecer a Rodríguez Marín⁹. Fueron sin